

De los ojos de la reina brotó un relámpago como para aniquilar á Buridan.

—Tienes miedo?—le preguntó.

—Miedo! No.

—Tu mano tiembla.

—Acaso de emocion, pero nunca de temor.

—Por qué me preguntas eso?

—Porque estoy convencido de que Margarita no tiene secretos para Buridan.

—Y quieres saber.....

—Lo quiero.

—Pues bien!—dijo inclinándose á su vez al oído de su amante,—pagarán su dicha con su vida.

Buridan palideció.

—Es demasiado caro?—continuó la reina.

—Quizás!

—Confiesa que temes participar de su suerte.

—Ya te lo he dicho; no temo nada.

—Lo has dicho, pero eso no es verdad.

—Se diría que quieres espantarme.

—Es un antojo que podría venirme.

—Tanto peor.

—Por qué?

—Porque no lograrás satisfacerlo.

—Eso no es seguro.

—Inténtalo.

—Si yo te dijera.....

—Donde estoy? Lo sé. Estoy en este momento en la Torre de Nesle, de donde desde hace algunos meses, se han arrojado al río cierto número de cadáveres, teniendo la poca prevision de no despojarlos de sus vestidos, de manera que á las gentes mas sencillas no les ocurriría atribuir esos asesinatos á los bandidos que infestan la ciudad de Paris. Ya ves que diciéndome todo eso, no me dirías nada de nuevo.

—Pero podría añadir algo.

—Mas espantoso?

—Sí.

—Para mí?

—Para tí.

—Es imposible.

—Me desafías?

—Como gustes.

—Pues bien! si yo te dijera: «Buridan, esos dos jóvenes irán dentro de algunas horas, ó mas bien, algo mas tarde, cuando yo quiera, donde han ido los cadáveres de que acabas de hablarme?»

—Ya me has dicho eso.

—Y si añadiera: «Buridan, te está reservada la misma suerte, y esta vez será aprovecha la la juiciosa observacion que han hecho, para que su cuerpo no sea reconocido?»

—Si añadieras eso, Margarita, no sería yo quien temblara.

—Fanfarron!

—No sería yo, te digo.

—Pues quién, señor temerario?

—Tú.

—Y quién sería el insolente que tendría la pretension de hacer temblar á la reina de Navarra?

—Yo.

—Tú! Buridan, pon la mano sobre este corazón, que en este momento late con el fuego de los deseos y de la voluptuosidad; mira estos ojos que llenan el placer; mira mis labios húmedos y ardientes, mis mejillas animadas por la pasión abrasadora, y procura hacer desaparecer todo eso; yo te lo permito: intenta apagar el fuego de mis miradas, hacerme palidecer, hacer temblar esta mano que estrecha la tuya, y si lo logras, me confesaré vencida.

—Pues bien! escucha: si me dijeras seriamente lo que acabas de decirme como suposición, respecto de la disposición en que estuvieras de hacerme participar de la suerte de los jóvenes que han entrado aquí llenos de amor, de vida y de salud, y que no han salido sino cadáveres, en vez de temblar, lo cual nunca me ha sucedido, te respondería: «Margarita, si Buridan no conoce el miedo, no por eso es imprudente. Antes de dejarme conducir á este lugar, habia adivinado donde querian llevarle y como se proponian hacerle salir. En consecuencia de esto, se presentó á un personaje de su íntima confianza, á Gauthier d'Aunoi, tu capitán de guardias y tu amante, y presentándole una carta, le dijo:—«Jurad por vuestra fé de cristiano y por vuestro honor de caballero, no romper el sello de este paquete sino en el caso en que no vuelva yo á veros mañana al medio día. Entonces hallaréis en él cosas que os interesan mucho. Si vuelvo ántes de la hora fijada, quemaremos la carta sin abrirla, porque lo que contiene ya no interesará á nadie, y en este caso debe ser ignorado.»—Y el capitán de guardias juró por su fé de cristiano y por su honor de caballero, que se conformaba exactamente con mis instrucciones.

—Y qué decía esa carta?

—Oh! pocas cosas: algunos informes sobre la muerte del duque de Borgoña Roberto II, sobre la preñez de Margarita de Borgoña ántes de su casamiento, y la desaparición de su hijo; en fin, dice que, si no vuelvo á aparecer, sería porque habria yo sido asesinado por Margarita de Borgoña, con quien iba yo á pasar la noche en la torre de Nesle. Ya ves, hermosa reina mia, que si así sucediera, no sería Buridan quien debía temblar.

La reina de Navarra no palideció, sus ojos no perdieron nada de su brillo, su

mano que estaba entre las de Buridan, no tembló; pero no replicó, y como mientras que ellos hablaban en voz baja, habían desaparecido las otras parejas, exclamó despues de un momento de silencio:

—Qué locos somos! pasando así unos instantes que pueden ser tan dulces! Blanca y Juana han estado mejor inspiradas. No es tiempo de imitarlas, amada mia?

El ex-page, que ya estaba tranquilo, la tomó en sus brazos, y desapareció con aquella carga, que á la vez era tan encantadora como tan horrible.

Aun dormía Buridan, cuando un poco ántes de que amaneciera, le despertó un grito penetrante.

Margarita no estaba ya á su lado.

Creyóse perdido y apénas se vistió, salió del aposento y corrió á la ventana, buscando una salida que apénas esperaba encontrar.

Por fin, llegó á una pieza en que, á la luz de una lámpara que ardia en un rincon del hogar, percibió á un jóven que se torcia los brazos, gritando con una voz ahogada por el dolor y la desesperacion:

—Malvados! Monstruos! Han matado á mi hermano! Mi hermano ha muerto!

Inmediatamente le reconoció Buridan.

Era el mas jóven de los dos estudiantes con quienes habia cenado en compañía de Margarita y de sus dos cuñadas.

Por culpable que era él mismo, el amante de Margarita, se conmovió á la vista del dolor de aquel niño.

—Pensad en vos mismo, amigo mio,—le dijo,—y procurad huir. No sabéis donde estáis?

—He venido con una venda en los ojos.

—Pues bien! Mirad por esta ventana. El Louvre está delante de vos, el Sena corre veinte piés abajo de este cuarto: ya es el sepulcro de vuestro hermano, y será el vuestro si no lograis huir.

—Y no tengo ni una arma, ni un puñal, nada!

Al hablar así, el desgraciado buscaba en sus bolsillos, y sacó sus tarjetas de marfil.

—Oh! tal vez podemos ser vengados! Conozco á la muger en cuyos brazos he pasado la noche; en su embriaguez se le escapó su nombre; ojalá y este nombre sea esecrado por la posteridad!

Y con la punta de un alfiler que desprendió de su respunte, grabó en las tarjetas:

“Muero asesinado por Juana de Borgoña, despues de que pasé la noche con ella en la torre de Nesle.”

Apénas habia acabado, cuando de detrás de la tapicería, salió un hombre, y con una daga le hirió en el pecho y le tendió en el suelo.

Ese hombre era Orsini.

Despues de este primer golpe, se dirigió á Buridan, quien apoderándose de un escabel, se sirvió de él como de una arma, y se puso á la defensiva.

—Es inútil que hagais resistencia,—le dijo el astrólogo,—detrás de mí tengo cuatro hombres, á los que no tengo mas que decir una palabra, para que os hagan pedazos. Aprovechaos mas bien de algunos instantes que quiero concederos, en consideracion á vuestra antigua amistad, para que oréis y pidais á Dios perdon de ciertos pecadillos que seguramente no habreis olvidado.

—Escúchame Orsini,—respondió Buridan,—quieres asesinar me y yo quiero salvarte, impedir que te desuellen vivo ó que te quemén lentamente.

—Eso es una astucia de guerra.

—No, no; por mi eterna salvacion, que voy á decirte la verdad, como esta noche se la dije á la reina de Navarra.

—Os oiré si la leccion es corta.

—Solo algunas palabras.

—Apresuraos.

—Antes de venir aquí, adiviné lo que se queria hacer de mí; lo he escrito, lo mismo que otras cosas del pasado de Margarita y del tuyo; en seguida he entregado la carta á Gauttier d'Aunoi, quien la abrirá si no me vuelve á ver hoy, y que me la volverá cerrada si vuelvo á su lado.

—Sé todo eso.

—Es imposible.

—No se lo habeis dicho esta noche á la reina?

—Es verdad; pues entonces, ya ves que es preciso que salga yo de aquí!

—A pesar de eso, ó á causa de eso no debeis salir vivo.

—Pero entonces, tú y la reina están perdidos.

—Al contrario, entonces la reina y yo nos salvamos.

—Estás loco, Orsini?

—Vos sois quien perdeis el juicio: seguramente que el peligro os ha perturbado.

—Es preciso que no hayas comprendido lo que te he dicho.

—Lo mismo que la reina, he comprendido perfectamente.

—Te repito que dentro de algunas horas, el capitán de guardias leerá la carta que le he entregado, y.....

—Y yo os digo que no la leerá.

—Pero en nombre de Dios, esplicatel

—El momento está mal escogido.

—Esa es la única gracia que te pido. Dices: *no la leerá!* Yo te pregunto por qué?

—Qué niño sois? No sabéis que Gauttier d'Aunoi daría su cuerpo y su alma á la reina; y que si ella se lo esigiera renunciaria hasta el paraíso?

—Razon de mas para que la esecre cuando lea lo que he escrito.

—Pero no lo leerá.

—Dime por qué.

—Ya veis que tengo razon en deciros que el peligro os estravia. No comprendéis que la reina de Navarra pedirá la carta al capitán, quien por ella renegará de Dios y se la dará.

—Eso no es mas que una suposicion.

—Pues bien! Si rehusara darla, se le quitaria.... Y ahora, debeis estar satisfecho; orad, à fin de que no tenga yo que echarme en cara haber abierto á mi antiguo amigo las puertas de los infiernos.

—Es decir que insistis en matarme?

—Vos mismo os habeis cerrado todas las puertas de salvacion que habian podido abrirseos.... De rodillas, de rodillas os digo!

Y Orsini, escitándose á sí mismo, y blandiendo su daga, dió un paso mas para herir á su última víctima.

Entonces Buridan, reuniendo sus fuerzas, quizá duplicadas por su desesperacion, retrocedió hasta la pared, y luego, saltando como un leon, cayó sobre su adversario, y de un golpe de escabel le tendió á sus piés cerca del jóven Germer, quien acababa de ecshalar el último suspiro.

—A mí, muchachos!—gritó el astrólogo al caer. Inmediatamente aparecieron cuatro hombres armados de machetes; pero Buridan habia tenido tiempo de quitar la daga á Orsini.

Entónces comenzó una lucha terrible, en la que Buridan, combatiendo con el valor de la desesperacion, y escudándose con el escabel que tenia en una mano, miéntras que con la otra asestaba golpes terribles con la rapidez del relámpago, puso en un instante fuera de combate á dos de los cuatro asesinos.

Pero casi inmediatamente, uno de los otros logró quitarle el escabel, de modo, que obligado á combatir á cuerpo descubierto, con dos hombres mas robustos y mejor armados que él, se vió obligado á atacar.

Bien pronto le faltó espacio, entónces ya no atacó, pero saltó de nuevo dando golpes terribles.

En fin, sus fuerzas se agotaron.... iba á sucumbir.....

Su brazo se debilitó, sus golpes eran ménos seguros, el sudor bañaba su cuerpo, la luz iba á apagarse, y parecia que iba á caer, cuando con un último y supremo esfuerzo, saltó sobre una caja que estaba á sus piés, y de ahí sobre el borde de la ventana.

—Me salvé!—esclamó tirando un último golpe, que desarmó al que mas le estrechaba de sus enemigos; me salvé! Y ahora, si no has muerto, cuidate bien, astrólogo envenenador y mentiroso! y que se cuiden tambien los que y las que te sacian de oro para que hagas tan horrendo oficio, y tambien á los bandidos á quienes pagas para servirte.

—Ah!—esclamó Orsini, quien hacia algunos instantes que habia recobrado el conocimiento y procuraba levantarse,—y no harán callar á ese maldito con una buena estocada en la garganta?

—Dime por qué.

—Ya veis que tengo razon en deciros que el peligro os estravia. No comprendéis que la reina de Navarra pedirá la carta al capitán, quien por ella renegará de Dios y se la dará.

—Eso no es mas que una suposicion.

—Pues bien! Si rehusara darla, se le quitaria.... Y ahora, debeis estar satisfecho; orad, à fin de que no tenga yo que echarme en cara haber abierto á mi antiguo amigo las puertas de los infiernos.

—Es decir que insistis en matarme?

—Vos mismo os habeis cerrado todas las puertas de salvacion que habian podido abrirseos.... De rodillas, de rodillas os digo!

Y Orsini, escitándose á sí mismo, y blandiendo su daga, dió un paso mas para herir á su última víctima.

Entonces Buridan, reuniendo sus fuerzas, quizá duplicadas por su desesperacion, retrocedió hasta la pared, y luego, saltando como un leon, cayó sobre su adversario, y de un golpe de escabel le tendió á sus piés cerca del jóven Germer, quien acababa de ecshalar el último suspiro.

—A mí, muchachos!—gritó el astrólogo al caer. Inmediatamente aparecieron cuatro hombres armados de machetes; pero Buridan habia tenido tiempo de quitar la daga á Orsini.

Entónces comenzó una lucha terrible, en la que Buridan, combatiendo con el valor de la desesperacion, y escudándose con el escabel que tenia en una mano, miéntras que con la otra asestaba golpes terribles con la rapidez del relámpago, puso en un instante fuera de combate á dos de los cuatro asesinos.

Pero casi inmediatamente, uno de los otros logró quitarle el escabel, de modo, que obligado á combatir á cuerpo descubierto, con dos hombres mas robustos y mejor armados que él, se vió obligado á atacar.

Bien pronto le faltó espacio, entónces ya no atacó, pero saltó de nuevo dando golpes terribles.

En fin, sus fuerzas se agotaron.... iba á sucumbir.....

Su brazo se debilitó, sus golpes eran ménos seguros, el sudor bañaba su cuerpo, la luz iba á apagarse, y parecia que iba á caer, cuando con un último y supremo esfuerzo, saltó sobre una caja que estaba á sus piés, y de ahí sobre el borde de la ventana.

—Me salvé!—esclamó tirando un último golpe, que desarmó al que mas le estrechaba de sus enemigos; me salvé! Y ahora, si no has muerto, cuidate bien, astrólogo envenenador y mentiroso! y que se cuiden tambien los que y las que te sacian de oro para que hagas tan horrendo oficio, y tambien á los bandidos á quienes pagas para servirte.

—Ah!—esclamó Orsini, quien hacia algunos instantes que habia recobrado el conocimiento y procuraba levantarse,—y no harán callar á ese maldito con una buena estocada en la garganta?

—No, astrólogo, no, no se hará eso,—respondió Buridan;—porque ya no tienes á tu servicio mas que á un malvado que tiembla, y á quien cortaria los puños y las orejas, si no tuviera necesidad de respirar un instante ántes de salir de este abrigadero de asesinos.

—Salir!—dijo el astrólogo enderezándose como si su cuerpo hubiese estado sometido á una pila galvánica; no, no saldrá!... Las puertas están bien guardadas, homicida! y no hallarás en ellas á quien hablar.

—Ah! gracioso desollador!—dijo Buridan riendo;—pobre animal, que piensa que yo solo voy á emprender un sitio!... No, amigo mio, no tengo delante de mí un largo y ancho camino?

Buridan, desgraciado de tí!—esclamó Orsini cogiendo uno de los machetes que estaban tirados en el suelo.

—Oh!—dijo el page sonriendo,—la ocasion es propicia para enviar tu alma á los infiernos; pero no sucumbiré á la tentacion. Es preciso que vivas, Orsini, es preciso que siempre sea posible obligarte á confesar la verdad.... Adios, maestro, que te dejas vencer por tu discípulo!

Y diciendo esto, se volvió de modo de estar frente al Louvre, y con la sonrisa en los lábios, se precipitó en el rio, que felizmente para él, era muy profundo en aquel lugar.

Tocó al fondo, pero suavemente, y para volver pronto á la superficie y tenderse en ella como un nadador esperto que necesita reposo.

Mientras que esto pasaba, Margarita y sus dos cuñadas habian ido á la puerta del agua; pero á consecuencia de órdenes mal comprendidas, la barca no estaba allí, y se sucedió un prolongado cambio de señales para hacerla ir, de manera, que las tres primeras que acababan de embarcarse, no habian pasado la tercera parte del tránsito cuando Buridan cayó, y para acercarse á ellas, no tuvo que dar mas que algunas brazadas.

Entónces, alzando cuanto le fué posible su cabeza encima del agua, exclamó:

—Margarita! Margarita! Buridan no ha muerto!

La reina de Navarra lanzó un grito de espanto.

Blanca y Juana se sintieron desmayar.

—Rema, batelero!

Pero ya el nadador se habia adelantado al batel, y se volvió y gritó de nuevo:

—Margarita! Buridan no ha muerto! Vive!... vive para la venganza!...

Oh! Margarita! Desgraciada de tí! Desgraciada de tí!

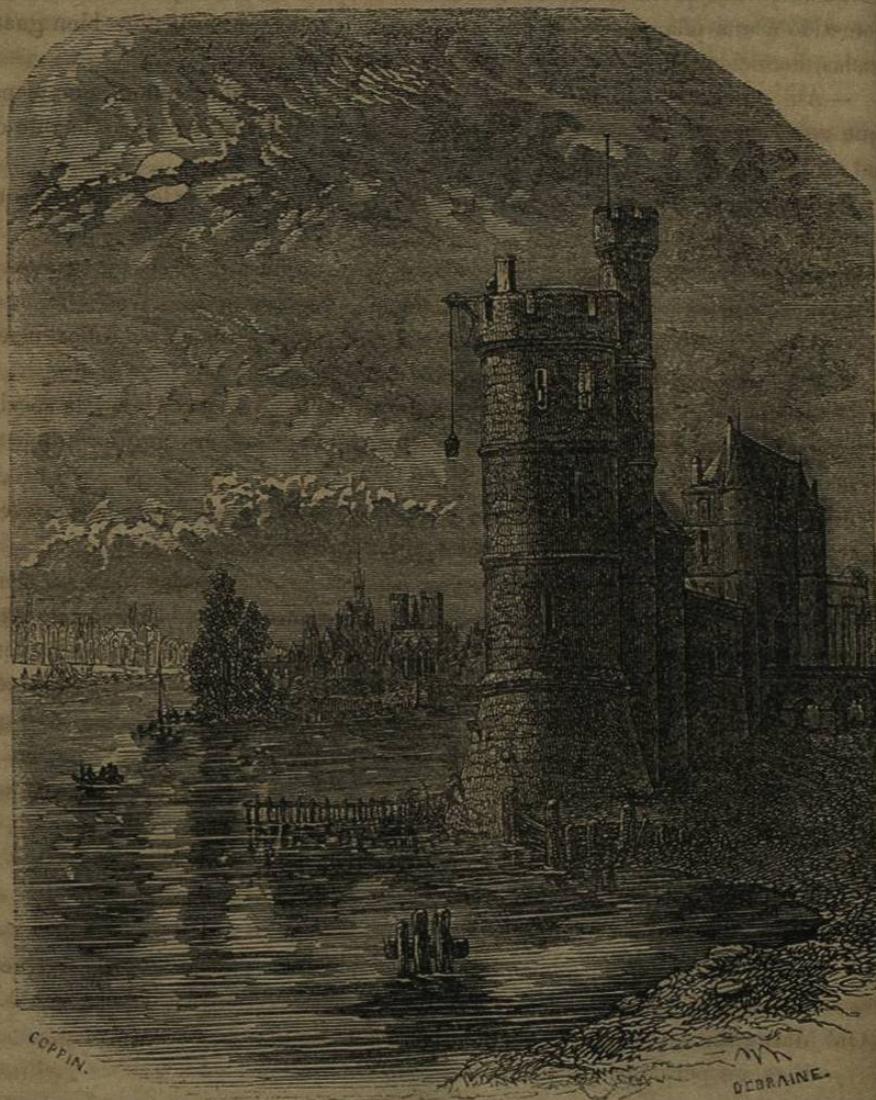
—Estamos perdidas!—dijo Blanca.

Juana no dijo nada.

Al segundo grito de Buridan se habia desmayado.

La reina de Navarra temblaba; pero habia conservado toda su presencia de espíritu.

—Y qué!—dijo,—os espantan hasta ese punto las injurias de un loco, de un



infame! Batelero! Te doy diez escudos de oro si alcanzas á ese nadador y te rompes la cabeza de un remazo!

El batelero hizo esfuerzos inauditos para merecer la recompensa prometida; pero entónces se hallaba en un punto en que la corriente era mas rápida, y siendo pesada la barca, habrían sido necesarias mas fuerzas que las de su patron para impedir que arribara.

Margarita echó una poca de agua al rostro de Juana, y esta recobró los sentidos.

—No temais nada, primas,—decía la reina,—ese miserable no se escapará á la pena que ha merecido. Vamos, batelero, solo está á diez pasos de nosotros, te prometo veinte escudos en lugar de diez.

—Aun cuando se tratase de ganar el paraíso ó el reino de Francia,—respondió el fatigado patron,—no lo lograría. Ese maldito nada como un pescado: es preciso que tenga el diablo en el cuerpo, y si se hallara al alcance de mi remo, no sé quién peligraría mas, si él ó nosotros.

—Lo ois!—esclamó Blanca con desesperacion:—oh! estamos perdidas!

Juana se volvió á desmayar y la atacó una crisis nerviosa tan violenta, que fué necesaria la ayuda del batelero para contenerla é impedir que se rompiese la cabeza y los miembros contra las paredes de la barca.

Margarita estaba fuera de sí.

La rabia, que dominaba su espanto, la cegaba á tal punto, que cogió uno de los remos, y lo lanzó con todas sus fuerzas hácia el nadador, quien se alejaba mas y mas.

—Qué habeis hecho, señora,—esclamó el batelero, quien obligado á contener á Juana, no dirigia ya la embarcacion;—ya estamos mas de quinientos pasos abajo del puente donde debiamos abordar, y me quitais el medio de volver á nuestro camino. Si continuamos navegando de este modo, de cierto que irémos hasta los Hombres-Buenos, y acaso mucho mas léjos, sin tocar la orilla.

Cuando acababa de hablar, Buridan llegaba á a playa y salia del rio.

Hizo con sus dos manos una especie de vocina, y gritó de nuevo:

—Me he salvado! me he salvado! desdichada de tí!

Comenzaba á amanecer cuando el ex-page llegó á la hostería del Cisne de Oro.

Cambió sus vestidos y corrió al Louvre.

Miéntas tanto, habia cesado la crisis nerviosa de Juana; Margarita estaba mas tranquila, y el batelero, con el último remo que le quedaba, logró llegar á la orilla.

Pero, así como lo habia previsto, no fué sino hasta cerca del lugar llamado de los Hombres-Buenos, y que aun lleva este nombre donde logró tocar en tierra.

Entónces se procuraron remos y otro nuevo remero, y la embarcacion comenzó por fin á volver á subir el rio, no avanzando sin embargo, sino muy lentamente, á causa de la rapidez de la corriente.

Hacia calor: la mañana era hermosa.

La reina y sus cuñadas convinieron en que al volver al Louvre se hablaría de un paseo en el agua que quisieron hacer ántes de que amaneciera, y que, por impericia del batelero se habia prolongado mas de lo que querian; y la vuelta se hizo sin obstáculo.

Pero mucho ántes de que llegaran, Buridan habia podido ver á Gauthier de Aunoí.

—Caballero,—dijo,—el peligro ha cesado, y no dudo que cumplais vuestra palabra, y que me entregueis la carta confiada á vuestra buena fé.

—Tomadla, señor,—respondió Gauthier;—pero no queréis decirme algo mas de este misterioso asunto?

—Por ahora es imposible. Mañana, tal vez, ó algun otro dia, será de otro modo, y os empeño mi palabra de deciroslo todo entónces.

—Sin embargo, como habeis dicho, el negocio me importa, y entónces por qué ese retardo?

—Por razones que sabréis y que no puedo deciros ahora.

—Con todo, seria bueno que supiera yo donde podré hablaros.

—Os bastará preguntar por el caballero Juan Buridan, en la hostería del Cisne de Oro, cerca del Louvre.

—Vive Dios que es cosa muy agradable estar mezclado en una aventura de la que no se sabe ni una palabra, y habria yo debido imponeros la condicion de que me dijérais algo.

—No sintais eso, señor; porque si ahora dijese yo lo que deseais saber, acaso os arrepentiriais amargamente de habérmelo preguntado.

—Sea como gustéis, y admito vuestra palabra de hablar de ello dentro de breve plazo, y de ver de la manera mas clara lo que en esa aventura puede haber de comun entre los dos.

Buridan se retiró muy satisfecho.

Sin duda que habia corrido un peligro muy grande; en lo de adelante podia contar con todo el odio de Margarita, y sabia todo lo que era ella capaz de emprender; pero en cierto modo, era dueño de la situacion, y podia sin correr riesgo de perder terreno, tomar la ofensiva ó esperar el ataque.

Decidióse á este último partido.

Le parecia imposible que la reina de Navarra dejase suspendida sobre su cabeza la espada de Damócles, que en vano habia intentado romper, y pensaba que la derrota que acababa de sufrir le haria desear la paz, la cual estaba bien resuelto á venderle lo mas caro posible.

Margarita por su parte pensaba en desviar la nube que tanto habia engrosado durante la última noche.

Luis el Hutin, su marido, no podia tardar en volver á Paris, y acaso entónces seria muy tarde para hacer desaparecer la huella de sus desórdenes.

Ante todo, quiso saber si Gauthier no tenia algunas sospechas, é intentó apo-

derarse de la carta de que le habia hablado Buridan, y que la llenaba de vivas alarmas.

Asi es que, en cuanto reparó el desórden de su tocado, mandó llamar al capitán de sus guardias, quien inmediatamente fué à verla:

—Oh! reina mia,—le dijo, mirando su rostro pálido, con ojeras, fatigado,—reina de mi corazon, estoy seguro de que anoche no habeis dormido.

—Sí, Gauthier, no he dormido; he tenido un mal sueño, un sueño espantoso, que me ha desgarrado el corazon.

—Y qué! Os afligis así por un sueño! no sabeis, mi divina soberana, cuán funesto puede ser semejante esceso de sensibilidad?

—Si supiérais cuál es ese sueño, no me hablariais así.

—Pero es tan terrible!.....

—Ah! sí, horrible, y que al despertar me ha hecho verter amargas lágrimas.

—Y no quereis, mi querida Margarita, decirme qué cosa es lo que tanto ha herido vuestro real corazon?

—Lo quereis, Gauthier?

—Os suplico, amada mia, que todo me lo digais.

—Pues bien! amigo mio, he soñado que me sois infiel.

—Yo!

—Vos, Gauthier, vos, por quien lo he olvidado todo! Vos à quien he dado con tanta felicidad amor por amor!

—En efecto, eso es espantoso; pero sabe Margarita que eso no es, que no puede ser mas que un sueño, y un sueño mentiroso.

—Sí, es un sueño; pero al despertar le he comparado con ciertas circunstancias que me lo hacen creer una realidad.

—Oh! Margarita! Margarita! no digas eso!..... Qué! creerias que por un instante pudiera yo dejar de amarte, yo que te adoro como se adora à Dios! yo, que daria gustoso mi vida por uno de tus besos!.... Podrias creer que otra hubiese ocupado el lugar que ocupas en mi corazon, que no late mas que por tí, y donde está grabada tu imágen con caracteres de fuego!.... Ah! sí, eso es espantoso, horrible!.... Es para volverme loco de dolor y de desesperacion. Oh! Dime, dime que no crees en ello, dime que he conservado tu amor y que siempre crees en el mio; dime eso si quieres que viva, y si quieres que mi razon no se estravie!

—Lo diré, lo diré; pero no por eso me afligirá ménos que mi Gauthier tenga secretos para mí.

—Secretos?

—Sí.

—Pero ni uno de mis pensamientos, ni una de mis acciones he pensado en ocultar à la querida de mi corazon, y estoy pronto à jurártelo.

—No jures, amigo.

—Quiero jurar para convencerte.

—No es necesario eso.

—Pues qué es preciso hacer?

—Decirme de donde venia una carta que os entregó ayer un desconocido.

—Una carta? Sí, en efecto, me entregaron una carta; de donde venia, no puedo deciroslo.

—Y os atreveis à afirmar, é ibais à jurar que no teniais secretos para mí!

—Y estoy pronto à juraros que ignoro de donde venia esa carta.

—Pero cuando ménos, sabeis lo que decia?

—No la he leído.

Un rayo de alegría iluminó rápidamente el rostro de la reina; pero se esforzó en disimular la satisfaccion que le causaban las últimas palabras del capitán.

—Ah!—dijo,—Gauthier, eso es un subterfugio indigno de un caballero.

—Tambien voy à jurar que no la he leído.

—Es mas fácil probarlo entregándomela.

—Ya no la tengo.

—Oh! eso es demasiado!

—En el nombre de Dios, escuchadme, Margarita!

—Confesadme à lo ménos que en este momento someteis mi credulidad à una prueba cruel!

—Dios me es testigo de que es contra mi voluntad. Oid lo que ha sucedido: un hombre, un caballero, quizás un loco, porque ahora que pienso en ello, estoy tentado de creer que ese personage no tiene sana la cabeza; sea lo que fuere, ese hombre, que me dijo ser el caballero Juan Buridan, vino à entregarme una carta bien cerrada. Me dijo que contenia una cosa muy importante para mí; pero que no podia dejármela sino bajo mi palabra de no abrirla mas que hoy à medio dia, y solo en el caso de que no volviese por ella ántes de esa hora. Yo dí mi palabra....

—Y esperais que llegue la hora?

—No, porque él volvió esta mañana, y ya se la devolví.

Al oír esto se contrajeron ligeramente los labios de Margarita.

—Vamos,—dijo,—veo que es preciso renunciar à penetrar ese gran misterio.

—Pero yo sé donde hallar à ese hombre; voy à buscarle, à traerle à vuestros piés, à obligarle à deciros todo lo que quereis saber. Puedo hacer todo eso, y lo haré.

—No, mi Gauthier, no; ya son muchos disgustos para tan poco, y ahora me arrepiento de haber dado tal importancia à ese sueño que quiero olvidar, para no pensar mas que en tu amor y ser dichosa con él.

—Mi adorada reina! Poco ha faltado para que me volvierais loco de dolor, y ahora me vais à volver loco de alegría! Ven à mi corazon, y te daré un beso!

La conversacion duró algunos instantes mas.

Luego Gauthier d'Aunoi se retiró, dejando à su bella querida presa de una viva agitacion, que se aumentó à la llegada de Orsini.